

LA ÚLTIMA

Phoenix L

Ha pasado tanto desde la última vez que estuve realmente segura de lo que estoy haciendo. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Años, meses?... ¿Tal vez días? Ya no estoy segura de nada; la soledad, y éste silencio infernal me hacen enloquecer más a cada segundo.

Pero, espera, me parece que estoy escuchando a alguien en el piso inferior. Me coloco el abrigo sobre la bata pulcramente blanca, tomo las llaves de todas las puertas del edificio (que por alguna extraña razón están en un estante demasiado alto, como si, cuando las dejé ahí, hubiera deseado hacer todo lo posible por nunca más encontrarlas... Aunque no le doy mucha importancia; después de todo, hace tiempo que mi mente ha comenzado a fallarme un poco), y dejando de lado mis confusos pensamientos que van y vienen, sobreponiéndose unos a otros, me dirijo a las puertas de alta seguridad que separan mi celda sellada del resto del mundo.

Y mientras más me acerco a las puertas puedo escuchar pasos, cosas siendo arrastradas fuera, ligeros golpes en la gruesa muralla de metal que me separa del mundo. Ansiosa busco la llave que me permitirá por fin tener contacto con otras personas, tener a alguien que me escuche mientras desvarío sobre mis experimentos, y que pueda darme su opinión sobre estos... la verdad es que me conformaré con compañía solamente, aunque esa persona no tenga ni la más mínima idea sobre mi ciencia.

Pero me detengo bruscamente cuando puedo recobrar la lucidez de mi mente, cuando logro recordar mi angustiante verdad; hasta donde yo sé, soy la última humana en el mundo, y los ruidos que hay afuera no son otras personas que tratan de visitarme, sino que son esas horribles criaturas que me atormentan día y noche, y lo que antes creí que eran voces que me llamaban a unirme a sus alegres conversaciones, en realidad son los gruñidos hambrientos de

esos monstruos, los gemidos y aullidos que emiten sus gargantas mientras se devoran unos a otros, o que usan para organizarse, cual manada de lobos, a esperar en cada una de las entradas que me salvan de ellos, esperando a que la locura y la desesperación me obliguen a dejar que ellos me devoren o simplemente terminen de destrozarme.

Trastabillando me alejo de las puertas selladas, entro a una de las viejas bodegas, y ésta vez trato de esconder mejor las llaves. Pienso que hace tiempo que debí deshacerme de ellas, pero me recuerdo a mí misma que no puedo; es necesario que las mantenga conmigo, pues aún tengo la esperanza de poder encontrar la forma de solucionar esto, y cuando tenga la respuesta a éste problema, las necesitaré para curar al mundo de ésta plaga.

Reviso las plantas que hace tiempo coloqué en maceteros a un lado de cada ventana de vidrios blindados, para tener una fuente natural que purificara el aire que respiro, y además me brindara el alimento necesario para mi subsistencia; el agua la consigo de la lluvia y del sistema de agua corriente que se instaló en estos laboratorios unos meses antes de que la catástrofe ocurriera.

Tras comer unas simples hojas y unas cuantas semillas regreso a mi laboratorio, a seguir devanandome los sesos para encontrar el antídoto al virus que purgó al mundo de su peor plaga: el humano.

Nuevamente mi mente se desconecta de mi presente, dejando que mi cuerpo, ya conocedor por sí mismo de cada pequeño detalle de éste cuarto de experimentos, haga su trabajo. Mis pensamientos se remontan a años atrás, antes de que ésta vida que llevo siquiera pudiera considerarla como una remota posibilidad.

Yo fui brillante desde siempre, la persona más joven en obtener un doctorado en microbiología médica y otro en anatomía patológica. Fui galardonada y reconocida en todo el mundo... y aún así, esos estúpidos conformistas me dieron la espalda cuando quise avanzar a más, me llamaron loca solamente por ser ambiciosa de conocimiento, me tacharon de enferma

y me consideraron un peligro para la sociedad cuando expresé mis cuestiones. Entonces todos me dieron la espalda, me dejaron sola cuando lo único que yo deseaba era aprender más sobre ese microscópico mundo que para los humanos es todo un universo desconocido; nunca me importaron los sacrificios que tuviera que hacer para poder observar de primera mano las consecuencias que esos microscópicos seres causaban en los organismos más grandes, eso es cierto... Pero, ¿qué vale más? Las simples vidas de un montón de mortales que, a final de cuentas, en un par de años serían olvidadas, o el conocimiento, que a final de cuentas es lo único que puede llegar a ser eterno en éste mundo.

Nadie me entendió, sino hasta que llegó ese hombre; me ofreció financiar mis experimentos, y no le importaba en lo más mínimo que la Sociedad Internacional de Científicos me hubiera quitado todos mis títulos y permisos. Lo único que me pidió a cambio, fue un constante informe sobre mis procedimientos y conclusiones. ¡Por fin tenía a alguien que entendía la verdadera finalidad del conocimiento y la experimentación! ¿Qué importaba que fuera ilegal? Yo sólo quería saber más y más.

Mis experimentaciones con virus en el organismo de los mamíferos se hicieron cada vez más complicados y fascinantes; caí enferma un par de veces, como era de esperarse, pero al final siempre pude levantarme para seguir. Y así, la última experimentación que realicé me llevó a descubrir el más interesante resultado de la mezcla de distintas enfermedades; lo probé en primates, roedores, cerdos, humanos, y todos obtuvieron los mismos resultados; tras un par de semanas, todos sufrieron malformaciones, agudización de algunos de sus sentidos, y una resistencia física impresionante. Fue entonces que todo comenzó a ir de mal en peor solamente.

En cuanto entregué los reportes y las muestras del nuevo virus a mi patrocinador él comenzó a perder la cabeza. Insistió en sacar las muestras del laboratorio, en venderlas a

potencias de guerra; le advertí que no podía hacerlo, al menos no hasta que yo pudiera desarrollar una cura, pero no me escuchó.

Y tan solo unas semanas después escuché en las noticias sobre el primer ataque con mi virus. La enfermedad se transportó por el aire, más rápido de lo que cualquiera pudo haber imaginado, y lo que comenzó como un simple ataque terrorista, terminó con el fin de la humanidad.

Mientras trabajaba en el virus desarrollé inmunidad al mismo, cuando estaba en su etapa más básica, y ya que nunca salí de mi laboratorio sellado herméticamente jamás estuve en peligro de convivir con los infectados.

Pero ahora paso cada día encerrada entre éstas paredes, apenas sobreviviendo mientras utilizo mi sangre y mis últimas muestras del virus para tratar de buscar una cura, sintiendo cómo poco a poco mi mente se va perdiendo más y más.

Arrojo a la basura mi nueva experimentación fallida, tachando con molestia la millonésima hoja que contiene notas de una posible cura, nuevamente erróneas.

Me dirijo a la ventana, ya que en cuanto termino de sacar mi furia me doy cuenta de que hay un extraño silencio y tranquilidad afuera, y es entonces cuando lo veo: hay alguien en el antiguo estacionamiento de mi edificio, pero no se ve deforme, monstruoso, ni nada por el estilo; simplemente se ve... normal.

La desesperación vuelve a apoderarse de mi cuerpo y mi mente; éstas cuatro paredes de pronto parecen avanzar lentamente hacia mi, el aire comienza a faltarme, el silencio me taladra los oídos, y en ésta soledad me siento atormentada.

Ya no me importa nada, sólo quiero que todo esto pare. ¿Dónde están las llaves? No importa, todo lo que quiero es salir; tomo una silla y la azoto una y otra vez contra la ventana, hasta que logro romperla. No me importa que esté en el segundo piso, todo lo que quiero es

llegar lo más pronto posible al lado de ese otro humano, así es que salto por la ventana; me duele la rodilla y un tobillo, ¿qué más da?

Como puedo avanzo hasta estar al lado de ese hombre, y cuando lo logro lo tomo por el brazo y me inclino sobre mis rodillas para recuperar la respiración; la emoción nubla mi vista, pero no me importa, todo lo que puedo hacer es sonreír.

Pero antes de poder expresar a ese hombre todo lo que pienso, toda mi alegría por ver a otro humano, siento que algo filoso se clava en mi brazo. La euforia se va, mi vista se aclara, y es entonces cuando me doy cuenta que estuve equivocada. Ese monstruo me observa con sus tres ojos, ha clavado sus garras en mi brazo para evitar que escape, y sus dos bocas repletas de colmillos parecen sonreírme burlonamente.

Resignada, no puedo murmurar más que una cosa.

—Vaya, después de todo sí era la última.